

"Nuevo Mundo", Madrid.
2 mayo 1919



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

LA ESTRELLA AJENJO

EN el capítulo VIII — versillos 10 y 11 — del libro de la *Revelación* se nos dice así: «Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una grande estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó en la tercera parte de los ríos y en las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se volvió ajenjo, y muchos hombres murieron por las aguas, porque se habían hecho amargas.»

¿Estas apocalípticas palabras se refieren acaso á nuestra España? ¿Veía á ésta el solitario de Patmos, ó quienquiera que hubiese escrito ese extraño libro de la *Revelación* ó *Apocalipsis* al escribirlas? Pero á nosotros nos queda la atribución de la profecía. Porque toda profecía es una horma que pide masa, es una música que pide letra. Y toda profecía, sobre todo si es apocalíptica y simbólica, profetiza más de un hecho histórico. Y hasta los provoca.

Y esa estrella Ajenjo que ha caído en nuestra España, amargando las aguas de sus aljibes, de sus viejos aljibes tradicionales y mondados, ¿cuándo cayó? ¿Cayó en 1868, en el prólogo de la tragedia patria? ¿Fué en 1875? Fué en 1879, en el primer acto de la tragedia? ¿Acaso en 1885, cuando el segundo acto de ella? ¿Fué más bien en 1898, que es cuando se consumó el acto tercero? Ello es que dejó amargadas las aguas espirituales de la nación, las aguas del espíritu nacional, y los que han bebido de ellas se han muerto espiritualmente para la patria. El ajenjo les ha matado.

Si al fin el ajenjo de la estrella hubiese venido en aguardiente, y no en agua fresca de los aljibes y fuentes, el alcohol habría curado en parte el amargor mortífero del ajenjo; y aun de morir, habríanse esas almas muerto embriagadas, alcoholizadas, anestesiadas para el dolor de su amargura; pero como el ajenjo vino en agua y en agua helada, arreciente, las almas han ido muriéndose de amargor y de frío á la vez. Y así hay tantos españoles con el alma muerta henchida de amargura y de frío. Menos mal el que á golpes puede calentarla y aun encenderla, porque con el calor ese ajenjo espiritual llega á resucitar á un muerto.

Ello es, y sin corazón estará quien no lo haya sentido, que desde hace años las almas de los españoles conscientes de su españolidad parecen saturadas de ajenjo, y de un ajenjo procedente de una estrella como la apocalíptica. El español de acción ó de palabra públicas es, no ya agrio, sino amargo; no acritud, sino amargor es lo que destila y rezuma. Las aguas morales le han atosigado el corazón.

¿Creéis que la gente que se va para no volver — ¡dichosos los que pueden irse sin vuelta! — se van porque les lleva el hambre? No; les lleva la amargura. Hasta á los que se van por hambre les lleva la amargura: la amargura del hambre. Porque hay hambre sin amargura. Y el que padece hambre sin amargura, se deja morir hambriento sobre el campo agostado por el sol, ó arrasado por el pedrisco ó la inundación, pero campo que sembró con sus manos y regó con su sudor. No; el hambre sólo, no fuerza á un pueblo á marcharse.

El profeta español que mejor acaso ha sentido el amargor actual de la casta, nuestro Antonio Machado; el que en algún verso nos habla de *la tierra amarga*; el que vió aquí

*un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín,*





diciéndonos del «corazón de roble de Iberia y de Castilla», nos dice estas sentencias apocalípticas:

*¡Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas:
decrépitas ciudades, caminos sin mesones
y atónitos paturdos sin danzas ni canciones
que aun van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!*

¡Y aun más allá! Y van á curar con la salobrez de la travesía ultramarina el amargor de ajenjo de sus almas. Y esto aunque no lo sepan ni lo sospechen. Sus almas, como los largos ríos de su patria, están *enajenadas*, amargadas con ajenjo de la estrella. No van huyendo de la falta de arados, regatos y arboledas, y de la falta de mesones en los caminos; no huyen de la decrepitud de las ciudades, ni aunque así lo crean, sino que huyen del ajenjo, del amargor de la vida española de nuestro tiempo, aun para el que no pasa hambre, ni mucho menos.

Quien sepa observar y sentir no puede dudar del amargor de la producción espiritual genuinamente española de nuestros días. Toda ella está *enajenada* ó *acibarada*. La gracia sin hiel no es graciosa, sino pura y simplemente tonta; de puro tonta, insoportable. La ironía, la verdadera ironía, nos es casi desconocida, como nos lo es la sonrisa. La ironía se nos convierte en sarcasmo, y en vez de sonreír, nos reímos á carcajadas, ó con lo que se llama risa *sardónica*, que es un modo de llorar.

¿Ha sido siempre así? Por lo menos, lo cómico de nuestra novela picaresca, como lo cómico quevediano, suele ser de una ferocidad y hasta de una inhumanidad brutales; un cómico no salado, sino amargo. Si se habla de la sal ática, debería hablarse del ajenjo ó del acibar hispánico. En el *Quijote* está la amargura algo más desleída, y alguna vez, como un rayo de sol entre nubes aborascadas — tal en los celajes del Greco —, brilla una sonrisa de piedad entre burlas amarguissimas. Pero el ajenjo por dondequiera. Y antojásenos que ese ajenjo se ha espesado en los últimos tiempos, desde 1898; más allá, desde 1885; más aún, desde 1879, y aun más, desde 1875; ¿y por qué no desde 1868? Es como efecto de una gran ilusión truncada; de algo que iba á cumplirse y quedó sin cumplimiento. ¡Qué cosas no se le ocurrirían aquí á un Freud de la sociología! Parece como si á un mozo que ha estado durante años soñando con su novia, se le muriese ésta en los brazos la noche misma de bodas. O se le quedase parálitica é idiota para siempre. ¡Tragedia mayor!...

¿Y qué cura cabe de la caída de la estrella Ajenjo al toque de la trompeta del tercer ángel? Acaso no cabe otra que un diluvio. Un diluvio puede lavar y arrastrar el amargor que quede y llevarlo al mar. ¡No á un lago interior, no! Hay lagos, ó mares interiores, de una salobrez concentradísima. Y ese diluvio puede ser de agua del cielo; pero puede también ser de riego que no sea de agua, sino de sudor, de lágrimas, ó, ¿quién sabe?, de sangre. Y, en todo caso, una purga fuerte se llevaría el exceso de hiel. Porque ese ajenjo se ha vuelto hiel.

Sentiríamos que estas amargas reflexiones resultaran sobrado apocalípticas y aun enigmáticas. Pero más claras, serían más amargas aún.

Miguel de Unamuno

